

LA ILÍADA

Primera parte. Traslado de Alfonso Reyes.

"Fondo de Cultura Económica", México, 1951.

Destino singular el de esa vaga docena de obras fundamentales que todos admiramos y nadie lee (singular, digo, porque en realidad merecen ganar la admiración que se les concede confiadamente, y el que se les atreve ve, un poco admirado, como en el primer día de la creación, "que eran buenas"). Los poemas homéricos, sin embargo, cuentan con una buena excusa: su inaccesibilidad, el lugar común (común y cierto) de que hay tantas *Ilíadas* y *Odiseas* como traductores. La vieja frase célebre (sobre la *Ilíada* "bárbara y primitiva" —más que la misma griega— de Leconte de Lisle, la "clásica y peinada" de Hermosilla, etc., etc.; y que Borges me perdone si sólo recuerdo al pasar sus traductores ingleses y su sabroso estudio) sería excusa suficiente para ignorar una *Ilíada* proteicaamente inexistente, si un traductor mismo —y de los buenos: Paul Mazon— no nos auxiliara con su paradoja: "... sólo he llegado a probar una vez más —nos dice— que Homero es intraducible".

Sí, quizás lo sea. Pero no irrecuperable. Los helenistas, los que saben, envidiablemente, casi "la cosa en sí" de los poemas homéricos, siempre han confiado en los poetas (puedo citar a E. Pottier frente a Paul Aréne o Kurt Schuler con Leopoldo Lugones). Si Alfonso Reyes, con palabra de Góngora, nos confía que entiende poco griego, tanto mejor (lo creamos o no); tanto mejor, por lo menos, para su reseñador, que sabe menos aún que puede atenerse al texto de su traslado como si éste fuera un original castellano: y es que realmente lo es. Al intentar una traducción a su gusto, Alfonso Reyes la pone también más cerca del nuestro, "Lectores de hoy"; y el que esté "informada en el presente estado de los estudios homéricos" no daña su realidad poética. Es obra de poeta lograr que

el relato circunstanciado y libre a la vez de "cincuenta y un días en el décimo año" de una guerra vieja de casi cuatro milenios se lea con un interés nuevo y renovado a la par por lo que sabemos y por lo que ignoramos. Las alusiones a Apolo ("el que de lejos caza", "el Cazador lejano"), dejan casi un regusto simbolista; y quizás para probarnos una vez más que "Homero es joven, mientras que el periódico de esta mañana..." pasa un eco wagneriano (wagneriano quizás vía Jaimes Freyre, que no es desmedro) en la enumeración irregular:

Hora vendrá en que caigan la sacrosanta Ilión
y sus lanzas de fresno, y Bríamo y su grey.

Pero junto a esta poesía de anticipación está la poesía de siempre: Helena, desde las murallas, busca a sus hermanos entre las huestes aqueas; y no los ve. ¿Acaso no habrán venido? ¿Se ocultarán en los barcos de guerra para no defender los errores y el oprobio de su hermana?

Mas ya en su seno pródigo los guardaba la tierra,
allá en Lacedemonia, solar de sus mayores.

Y la cerrazón se condensa ante nuestros ojos en un solo verso:

y apenas se ve el trecho que alcanza una pedrada.

La poesía y el interés novelesco del relato se juntan en esta versión de Alfonso Reyes; la continuidad de la fábula gana nuestra atención. Los espléndidos fragmentos lugonianos aparecían entre demasiada consideración homérica para ser directamente homéricos; Alfonso Reyes, relegándose a traductor, se esconde detrás de Homero para dejarnos a solas con él. Pero ocultarse es la mejor manera de mostrarse mejor. La elección del verso y la de cada uno de los elementos del verso, la mezcla de una llaneza nuestra y los artificios del mejor español lo delatan, para nuestro placer. * Véase cómo no rehuye las expresiones cotidianas: las cráteras se llenan "hasta el gollete"; si Zeus se encoleriza, dice un Inmortal, "se nos agua la fiesta"; y me gusta pensar en argentino (en argentino geográfico, no en argentífero) el verso:

de la distante Alibe, donde hay plata a montones.

Sí, el traslado es excelente. Pero hay otra cosa que agradecer todavía, y es el haberlo emprendido. Alfonso Reyes quizás no haya dado *la* Iliada definitiva (¿cómo podríamos saberlo nosotros?) pero sí nos ha dado *nuestra* Iliada. "Aunque entiendo poco griego... un poco más entiendo de Grecia", dice al empezar. De Grecia —lo demuestra en su versión y sus notas— y de otras cosas. La crítica ateniense, el Arcipreste de Hita, Góngora, Ruiz de Alarcón, Mallarmé o la maravillosa restitución del Anáhuac, nada le es ajeno. ¿Cómo agradecerle bastante que diga, en nuestra Iliada prologada en Cuernavaca, que Ajax es una "ardida lanza", uniendo, como lo ha hecho siempre, todas las tradiciones en una mano limpia? Bueno es recordarlo, ahora que vuelve a oírse la hueca muletilla de que "el drama de América es que carece de historia". Cuánto prefiero la viviente posición de Bosco: "Nosotros, americanos, podemos elegir nuestros antepasados". Pero eso es más difícil que lamentarse, y pocos saben hacerlo. Alfonso Reyes, maestro de América, es de esos pocos.

Daniel DEVOTO.

Sur, Buenos Aires.

No. 213-214, julio y agosto de 1952.

* Digo la elección del alejandrino rimado, donde Reyes no rehusa la posible influencia del Lugones (y que tiene la ventaja, aunque harto dudosa, de hacer hablar al lector en alejandrinos durante varios días); la medida de las palabras (enviar, el clásico viuda, trisílabos); hasta el duro verso de VIII, 360. En la rima, el tratamiento lopesco de los esdrújulos. Frente a los poquísimos versos sueltos, la varia rima de Zeus, Héctor y Néstor, dánaos y troyanos, abundan las rimas internas y no son raros los leoninos; y creo ("quien lo probó lo sabe", decía Lope) en la ampliación de la consonancia que presente el poeta: modo-todos, día-reunían. Enes y eses finales se pasan solas al verso siguiente, y para el oído (y ya se vendrá detrás el ojo), éstas son consonancias perfectas. Señalo, además, en el vocabulario, el viejo y espléndido marear 'navegar', escanciano, el desusado irrequieto, "la temerosa ('que infunde temor') Enío", y tantas otras bellas palabras. Y me gusta leerle "al hora" (I, 338; II, 791), "del alta ciudadela" (VI, 325).

UNA LECCIÓN DE ALFONSO REYES.

En el deseo de asistir de veras a una tarde académica, cierto día me colé de estudiante a la clase que en el Colegio Nacional dictaba don Alfonso Reyes. Don Alfonso hablaba ese día sobre las versiones medioevales de la caída de Troya. En una aula pobre, de esas aulas viejas en que la cabeza, en este caso de poco pelo, del maestro, tiene al fondo la pantalla negra del tablero, y en las paredes encaladas no se ve ningún adorno, hablaba don Alfonso a unas cuarenta personas. Lo hacía en tono casi confidencial, como quien revela con fugaces atisbos de malicia cosas reservadas que ocurrieron hace quince o hace veinticinco o hace treinta siglos. Al propio tiempo que divulgaba estas intimidades, como que las iba tomando de conversaciones con los personajes del tema. Casi no hacía sino transmitir con toda naturalidad los sutiles enredos que armaron las gentes más ingeniosas de otros tiempos.

Anda ahora don Alfonso metido en traducciones de Homero. Pero como Homero, en realidad, lo que hizo fue su versión particular de la guerra de Troya, queda por averiguar lo que, en realidad, ocurrió en aquella emergencia. Quién era de veras Elena, qué hizo ella, cuál fue la historia de sus amores, cuáles fueron las razones de la lucha. En la de la guerra de Troya, como en la de todas las guerras, hay versiones oficiales y motivos ocultos, hay historiadas novelas y hay novelas historiadas. A cada nuevo romance o leyenda que se cuenta o se escribe, surgen nuevos puntos de vista. Hay quienes se han colocado en favor de los troyanos, y quienes se han mostrado como sus adversarios.

Esto ha ocurrido a lo largo de ¿cuántos siglos? De Homero unos dicen que nació en 1102 antes de Cristo, otros que en 1159. No falta quien le haga acercar tanto a nuestra era, que diga que en 1685. Esto, para quienes no somos eruditos, es suficiente; deja un margen de profundidad de más de veinticuatro siglos que basta

y sobra para que puedan crecer y prosperar todas las leyendas imaginables.

En la mayor parte de los temas eruditos, todo depende del detective que haga la búsqueda. Es sabroso saber que de la caída de Troya y de la historia del caballo de madera, hayan nacido no sólo las rapsodias de Homero, sino muchas otras más o menos poéticas versiones. Y da gusto ver cómo le brillan a don Alfonso sus pequeños ojos preñados de buenas y malas intenciones, cuando escudriña en la olvidada trama. Pero lo mejor es esa ley general de las letras que va surgiendo al final. Es la historia general de las leyendas y los mitos. Es ver cómo se agarra la poesía de las armas para imprimirles el temblor de su propio encanto.

La lección de don Alfonso Reyes da la medida de un ambiente cultural. No creo que pueda oírse otra mejor en ningún sitio del planeta. Para nosotros tiene un doble encanto. El tema universal recibe en este caso el travieso escrutinio de un mexicano. La intención que don Alfonso pone en cada acento no es europea. No es española. Él se burla de otra manera: él conoce otras ironías; él, sin proponérselo, tal vez sin saberlo, toca y encanta las imágenes con algo que nace de la experiencia americana. Como lección académica ninguna es mejor.

Germán ARCINIEGAS.

Revista literaria *Tegucigalpa*,

—Semanario— Tegucigalpa,

Honduras, octubre de 1952.

LA OBRA POÉTICA DE ALFONSO REYES

Escribo: eso es todo.

A. R. *Ancorajes*.

Si la poesía fuera lo que quiere el sentir de grupos numerosos de personas, acaso ya habría dejado de ser considerada como una de las bellas artes. Pero la poesía no es eso. La poesía tiene que ver con el sentimiento —con el que algunos la identifican— pero no es el sentimiento; es algo mucho más complejo y, a la par mucho más sencillo que eso. La poesía es lo que los poetas hacen, pero, ¡oh gravedad de la definición, es lo que hacen, cuando hacen poesía.

Y la gente, la terrible gente, suele preguntarse con pedantesca exasperación: “¿Es esto poesía?” Dolor es, entonces tener que explicar. Porque, ¿acaso nada más el poeta sufre cuando trata de plasmar, de traducir en palabras, sus sentimientos e imaginaciones? No, el que guste de la poesía tendrá semejante padecimiento cuando trate de explicarla, sobre todo si intenta hacerlo al profano.

La preceptiva acude inoportuna y solícita. Se cuele por las palabras más ponderadas de nuestras afirmaciones y echa la zancadilla a nuestras paradojas. Y cuando acordamos, ya estamos diciendo qué es lo que debe ser la poesía antes de haber dado un solo paso para decir lo que es.

Abstengámonos, pues, de las definiciones. Huyamos de ellas. Pongamos ejemplos. Pero los ejemplos —¡ay!, los ejemplos— suscitan de nuevo la insidiosa pregunta: “¿Es eso poesía?”

Cabrá apresurarse. Romper el círculo vicioso. Confíemos en el poder del lenguaje, creamos que nos entendemos con las palabras.

(¡Pero, cómo creer en ellas! ¡Si yo iba a hablar de la poesía